

Nuestro hermano Judas

Predica del Jueves Santo de 1958 a Bozzolo (Mantova – Italia) del Párroco
don Primo Mazzolari (1890-1959)

Mis queridos hermanos, es justo una escena de agonía y de Cenáculo. En el exterior hay tanta oscuridad y llueve. En nuestra Iglesia, que se ha convertido en el Cenáculo, no hay lluvia, no es oscuro, pero hay una soledad de los corazones de la que tal vez el Señor carga el peso. Hay un nombre, que se incluye en la oración de la Misa que estoy celebrando en conmemoración de la Última Cena del Señor, un nombre que suscita el miedo, el nombre de Judas, el traidor.

Un grupo de vuestros los niños representan a los apóstoles; son doce. Estos son todos inocentes, todos buenos, todavía no han aprendido a traicionar a Dios - y El quiera que no solo ellos, sino todos nuestros niños, nunca aprendan a traicionar al Señor. El que traiciona al Señor traiciona a su propia alma, traiciona a sus hermanos, su conciencia, su deber y se hace desgraciado.

Me olvido por un momento al Señor, o mejor dicho: el Señor está presente en el reflejo del dolor de esta traición, que debe haber dado al corazón del Señor un sufrimiento sin límites. ¡Pobre Judas!

Ustedes pueden que se maravillen de estas palabras mías por ese pobre discípulo que, en determinado momento, no pudo seguir siendo fiel a su maestro.

Lo que haya pasado en su alma yo no lo sé. Es uno de los personajes más misteriosos que encontramos en la Pasión del Señor. Ni siquiera trataré de explicarlo, me conformo en pedirles un poco de piedad para nuestro pobre hermano Judas.

¡No se avergüence de tomar esta hermandad! Yo no me avergüenzo, porque sé cuántas veces traicioné al Señor, y creo que ninguno de ustedes debería estar avergonzado por él. Y llamándole “hermano”, estamos en el lenguaje del Señor. Porqué cuando recibió el beso de la traición en Getsemaní, el Señor respondió con estas palabras que nunca debemos olvidar: "Amigo, ¡con un beso entregas al Hijo del hombre!" También en ese momento, cuando todo ya estaba decidido para la traición, porqué este era la señal que había acordado con el grupo de los soldados y de los siervos de los sacerdotes que habían llegado para detenerlo donde él llegaba todas las noches cuando estaba en Jerusalén para la oración, en esta noche: “El que yo besaré es El. ¡Tómenlo!”

Amigo!

Esta palabra, que les dice la ternura infinita del amor del Señor, también les permite entender por qué le llaméen este momento: “hermano” siguiendo el lenguaje del Señor: “hermano”. Había dicho Jesús en el Cenáculo “no les llamo siervos, sino amigos”. Los Apóstoles se han convertido en “amigos” del Señor. Hayan sido buenos o no, generosos o no, fieles o no, siguen siendo siempre “amigos”.

Nosotros podemos traicionar la amistad de Cristo, Cristo nunca traiciona a sus amigos! incluso cuando no lo merecemos, aun cuando nos rebelamos contra Él, aun cuando lo negamos, delante de sus ojos y a su corazón siempre somos los “amigos” del Señor. Judas es un amigo del Señor, también cuando, besándolo, consumaba la traición del Maestro.

Les pregunto, ¿por qué un apóstol del Señor acaba como un traidor?

¿Conocen usted, mis queridos hermanos, el misterio del mal?

¿Me pueden decir cómo hemos llegado a ser malos? Porqué recuerden que ninguno de nosotros - en algún momento – (improvisamente) ha descubierto adentro de sí al mal. Sino más bien: lo hemos visto crecer al mal; ni siquiera sabemos por qué nos abandonamos al mal; no sabemos tampoco porque nos hemos vueltos blasfemadores, tampoco sabemos por qué nos volvimos negadores. No sabemos tampoco porque dimos los hombros a Cristo y a la Iglesia. A un dato momento apareció el mal.

¿Desde dónde?

¿Quién nos lo enseñó?

¿Quién nos corrompió?

¿Quién nos quitó la inocencia?

¿Quién nos quitó la fe?

¿Quién nos quitó la capacidad de creer en el bien? ¿De querer al bien? ¿De aceptar al deber de vivir a la vida como una misión? Es el misterio del mal.

Pero ya no es un misterio nuestra maldad. Como ya no es un misterio la traición de Judas. ¡En un dato momento el apóstol se volvió un traidor! En un preciso momento el cristiano se volvió un negador. En un preciso momento el bautizado se vuelve el que se "desbautiza". En un preciso momento el que fue marcado "*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*" empieza a blasfemar a estos Santos nombres en los cuales fue consagrado hijo de Dios, miembro de la Iglesia!

¡Cual misterio!

Usted ve, Judas, hermano nuestro. Hermano en esta común miseria y en esta sorpresa.

Pero, ¿alguien debe haber ayudado a convertirse a Judas en el traidor!

Hay una palabra en el Evangelio, que no explica el misterio de la maldad de Judas, pero nos lo pone delante de una manera impresionante: "*Satanás lo ha tomado*". ¡*Se apoderó de él!*

Alguien tiene que haberlo introducido. ¡Haberlo metido en él! ¿Cuántas personas tienen el oficio – también en nuestro pueblo - de Satanás: destruir la obra de Dios; devastar a las conciencias; arrojar dudas; insinuar la incredulidad; retirar la confianza en Dios; borrar a Dios de los corazones de tantas criaturas. Porqué esta es la obra del mal, es la obra de Satanás. Actuó en Judas, y también puede actuar adentro de nosotros – mis queridos hermanos - si no tenemos cuidado. Por eso el Señor dijo a sus Apóstoles – allá en la huerta "de los olivos", cuando les llamó a acercarse - les dijo: "Velen y oren para no entrar en tentación."

Y la tentación ha comenzado con el dinero. Manos contando dinero. ¿Qué me dan para que les entregue al maestro en sus manos? Y le asignaron treinta monedas de plata. Pero se las contaron después de que Cristo había sido arrestado y llevado ante el tribunal. ¡Veanal trueque! Al amigo, al maestro, al que le había elegido a él, que lo había hecho "un apóstol", que le ha hecho "un hijo de Dios", que nos ha dado la dignidad, la libertad y la grandeza de los hijos de Dios. ¡Esel trueque! ¡Treinta monedas de plata!

La pequeña ganancia. ¡Val poco una conciencia! mis queridos hermanos: treinta piezas de plata.

¡Y a veces nos vendemos hasta por menos de treinta monedas! Aquí están nuestras ganancias, así que a veces escuchan catalogar a Judas como "pésimo empresario".

Hay alguien que piensa que ha logrado una buena ganancia vendiendo a Cristo, renunciando a Cristo, poniéndose al lado de los enemigos. Cree que ha ganado un sitio, un poco 'de trabajo', cierto respeto, cierta consideración entre unos amigos que disfrutaban de poder llevarse lo mejor que hay en el alma y la conciencia de sus compañeros. Aquí ¿ven la ganancia? ¡Treinta monedas!

Y ¿qué se hace de estas treinta monedas de plata?

En un momento ves a un hombre, Judas - estamos en el mañana - cuando Cristo va a ser condenado a muerte. Tal vez Judas no había imaginado que su traición hubiese llegado tan lejos. Cuando se enteró del "*sea crucificado*", al verlo destrozado a latigazos en el patio de Pilato, el traidor encuentra un gesto, un grande gesto. Va donde estaban aún reunidos los jefes del pueblo, los que le habían comprado, los por los cuales se había dejado comprar. Él sostiene la bolsa. Toma las treinta monedas.

Las tira a ellos: "¡Tómenlas! Es el precio de la sangre del justo".

Una revelación de la fe. Había medido la gravedad de su crimen. Ya no se trata del dinero.

Había hecho muchos cálculos con ese dinero. ¡Dinero! Treinta monedas de plata.

¿Qué importa la conciencia, por lo que significa "ser cristiano"?

¿Qué le importa Dios? ¡Dios no se lo ve! Dios no nos da "de comer. Dios no nos hace divertir. Dios no es "la razón de nuestra vida". ¡Las treinta monedas!

Y no tenemos ya la fuerza para sostenerlas en las manos. Y se nos van. Porque cuando la conciencia no está tranquila ¡incluso dinero se convierte en un tormento y se esfuma!

Hay un gesto, un gesto que desvela una grandeza humana. Les hecha allí las monedas. ¿Creen ustedes que ellos entiendan algo? Recogen a las monedas y dicen: "Portener sangre los pondremos a un lado. Compraremos un poco de tierra y vamos a hacer un cementerio para los extranjeros que mueren durante la Pascua y otras fiestas importantes de nuestro pueblo".

Aquí la escena ha cambiado, mañana por la noche, cuando nos encontraremos para celebrar la muerte de Jesús en la cruz, usted verán que hay dos horcas: una es la cruz de Cristo, la otra es un árbol a donde el traidor se ahorcó. ¡Pobre Judas! ¡Nuestro pobre hermano!

El mayor de los pecados no es vender al Cristo: es la desesperación.

También Pedro había negado al Maestro; Él lo miró y Pedro se echó a llorar, y el Señor lo ha repuesto en su lugar: ¡su vicario! Todos los apóstoles han abandonado al Señor y están de vuelta, y Cristo les ha perdonados y les retomó con la misma confianza.

¿Crees ustedes que no habría tenido lugar también para Judas? si hubiera querido, si hubiese ido al pie del Calvario, si le hubiese mirado por lo menos desde una esquina o una curva del camino del *vía crucis*: la salvación hubiera llegado también por él.

¡Pobre Judas! Una cruz y un árbol de un hombre ahorcado.

Unos clavos y una soga.

Traten de comparar – mis queridos hermanos - estos dos finales.

Usted dirán: "Murió uno y muere el otro."

Pero me gustaría preguntarles ¿cuál es la muerte que usted eligen: en la cruz como el Cristo, en la esperanza del Cristo, o ahorcados, desesperados, sin nada en frente?

Perdónenme si esta noche, que se suponía iba a ser de intimidad, les he traído algunas consideraciones tan dolorosas. Pero también amo a Judas. Judas es mi hermano también en esta noche.

Voy a rezar por él también en esta noche. Porque yo no juzgo, ¡no condeno! ¡Tendría que juzgar a mí mismo! ¡Tendría que condenar a mí mismo!

No puedo dejar de pensar que, incluso para Judas, la misericordia de Dios, este abrazo de amor, la palabra "amigo", quien le dijo el Señor mientras aceptaba el beso de la traición - no puedo dejar de pensar que esa palabra haya encontrado un camino en su pobre corazón. Y quizá por última vez, recordando a esa palabra y la aceptación del beso, incluso Judas dio cuenta que el Señor todavía lo amaba y lo recibía con Él. Tal vez el primer apóstol que llegó junto con los dos ladrones. Una procesión que ciertamente parece que no honra al Hijo de Dios, como alguien lo ve, pero que es una grandeza de su misericordia.

Y ahora, antes de reanudar la Misa, voy a repetir lo que Cristo hizo en la Última Cena lavando los pies de nuestros hijos que representan a los apóstoles del Señor en medio de nosotros, besando sus pies inocentes. Déjame pensar por un momento al Judas que tengo adentro de mí, al Judas que quizás ustedes también tienen en su interior. Y permítanme pedirle a Jesús, a Jesús, quien está en agonía, Jesús que nos acepta como somos, déjeme pedirle, como gracia Pascual, que me llame: "amigo".

Porque la Pascua es esta palabra dicha a mí como un pobre Judas, dicha a pobres Judas como Ustedes. Esta es la alegría: que Cristo nos ama; que Cristo nos perdona; que Cristo no quiere la desesperación. Incluso cuando nos volcaremos en contra de él - incluyendo cuando blasfemaremos - aunque él en el último momento de nuestras vidas rechazaremos al sacerdote, recuerden que para Él siempre seremos "sus amigos".

P. Primo Mazzolari